

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

LA COOPERACIÓN CHINO-OCCIDENTAL

No bien los Estados Unidos iniciaron su nueva política con relación a China, se movilizó alborozado el mundo de los negocios del ámbito occidental con la esperanza de fructuosas operaciones que parecían estar al alcance de la mano. Las perspectivas se estimaban fabulosas por ser China un país con retraso en su desarrollo económico, rico en materias primas de todo tipo, pero cuyos recursos están indebidamente explotados en razón de deficiencias tecnológicas, a las que se suman dificultades de transporte, consecuencia de la limitada extensión de la red vial y ferroviaria. De ahí a soñar con múltiples instalaciones industriales, complejos siderúrgicos, explotaciones mineras, pozos petrolíferos produciendo a pleno rendimiento y masivo desembarco de mercancías propias de la civilización de consumo destinadas a un gigantesco mercado de unos 900 millones de seres humanos sólo había un paso. Los acuerdos suscritos entre China y sus nuevos amigos parecían avalar la posibilidad de convertir el sueño en realidad tangible.

En cierto modo, la CEE se había adelantado a la nueva política al firmar en Bruselas, el 3 de abril de 1978, un tratado comercial con China que todavía no ha logrado el COMECON. Los europeos celebraron el éxito de unas negociaciones que permitían desarrollar amplia actividad comercial con Pekín. Los chinos se frotaron las manos por haber traspasado la puerta ante la que aguardaban los países del bloque soviético y tener vía libre, estimaron, para incrementar la venta de productos industriales a los países europeos. En suma, general satisfacción hasta que la realidad redujera el optimismo inicial a menos gratas proporciones, proporciones fundamentalmente determinadas por la reducida capacidad exportadora de China.

En efecto, dada su vasta población, que crece sin cesar, China ha de importar trigo y maíz y apenas puede aumentar sus exportaciones de arroz, té y cerdo. Por tanto, el renglón de ventas al exterior de productos de la agricultura y la ganadería es escasamente positivo.

El tiempo modificará la situación con la implantación de técnicas modernas de explotación agrícola y el empleo de abonos químicos, para cuya producción China ha hecho singular esfuerzo. Tampoco puede enviar a los mercados exteriores cuantiosas cantidades de materias primas, que abundan en su subsuelo junto con el carbón (China posee la tercera reserva del mundo) y prometedores yacimientos de petróleo, por los señalados motivos de retraso tecnológico y problemas de comunicación. En su día, con la ayuda exterior y su esfuerzo, China subsanará esas deficiencias, pero de momento son los productos manufacturados, en particular los textiles, lo que constituye lo más destacado de sus posibilidades exportadoras.

Con la industria textil en crisis en la Europa occidental y en particular en Francia, ha topado el acuerdo CEE-China, cuya primera reunión del Comité prevista había de celebrarse en Pekín del 2 al 4 de mayo. Se suspendió sin que se haya fijado fecha para su posterior celebración. ¿Motivos? La rotunda oposición de Francia a permitir que las 30.000 toneladas anuales de tejidos de algodón procedentes de China a precios competitivos aparezcan por los países del Mercado Común, perjudicando la doliente industria textil gala y provocando una amenaza de paro incrementado. Tras mucho tira y afloja, la Comisión del Mercado Común acordó reducir el cupo de importación anual de tejidos de algodón chinos a 14.000 toneladas. Entre lo programado en Pekín y lo autorizado por la Comisión, es una diferencia sensible. Además pone en solfa el cacareado acuerdo de cooperación chino-francés suscrito a finales del año pasado, según el cual se preveía entre los dos países, de 1979 a 1985, un intercambio comercial del orden de los 60.000 millones de francos, nada menos. La oposición de Francia en la comisión de la CEE pone trabas a una de las pocas exportaciones que China puede realizar en cuantía estimable, aparte de no alentar al optimismo en materia de cooperación.

Se ignoran las reacciones posteriores de Pekín frente a este tropezamiento en la primera etapa de sus relaciones con la CEE. No cabe excluirlas, tanto más cuanto que, lloviendo sobre mojado, recientemente los Estados Unidos parecían maniobrar para limitar el alcance de determinados compromisos contraídos en el acuerdo chino-norteamericano. A este respecto, Hua Guofeng no se ha privado de manifestar su descontento, aun formulando, con la conocida cortesía china, la esperanza de que los Estados Unidos, reconsiderando su postura, aplicarían estrictamente los principios del acuerdo suscrito. Caso de que el mundo occidental no hubiera caído en la cuenta de que

China, por más que actualmente esté rezagada en el desarrollo económico, tiene voluntad y medios de convertirse en gran potencia independiente y no en pasto de buitres de los negocios. Un miembro destacado del Ministerio chino de Comercio Exterior hizo saber a primeros de mayo que su país, en principio, aceptaría la constitución de empresas mixtas, pero poniendo condiciones. Desde luego, hombres de negocios extranjeros podrían asumir altos puestos directivos en tales empresas, pero en éstas la inversión exterior no podría superar el 50 por 100. Agregó que otras condiciones estaban al estudio por parte de los dirigentes chinos. Está claro que China no se avendrá a la neocolonización económica por mucho que le doren la píldora con el argumento de que los países desarrollados tratan de «ayudar, en la medida de sus posibilidades, a los países más desfavorecidos, ello de manera constructiva», como ha pregonado el señor Brzezinski, gran muñidor de la nueva política con China.

Ante las dificultades surgidas en la recién estrenada cooperación, es de suponer que los dirigentes chinos se pregunten perplejos cómo las maravillas brindadas en Pekín, con vistas a implantarse en el gigantesco mercado de China, se tornan defensa de los intereses nacionales, sean éstos europeos o norteamericanos, en Bruselas o Washington, llegada la hora de la verdad, que es la de convertir en hechos concretos los acuerdos suscritos en la euforia.

EL NUEVO PARLAMENTO EUROPEO

Las elecciones por sufragio directo de los 410 diputados del nuevo Parlamento europeo, carentes de tradición y cuya necesidad no se imponía a la opinión pública, distaron sensiblemente de movilizar en el esperado entusiasmo a los 180 millones de electores de la Comunidad. De ahí una abstención del 40 por 100 en términos generales, si bien en Alemania Federal acudieron a las urnas el 66 por 100 de los electores y el 85 por 100 en Italia. Sin embargo, la abstención ha sido la característica machaconamente destacada de los comicios celebrados, según los países, los días 7 y 10 de junio. Ello no significa acaso categórico rechazo o condena de la tan traída y llevada «construcción de Europa», sino indiferencia de los pueblos por un proyecto que encandila a políticos, economistas, tecnócratas, grandes empresas y, en un segundo plano discreto, a los Estados Unidos, interesados en la creación de grandes bloques económicos: Europa unida, pero integra-

da en una vasta interdependencia; Japón, China y, por supuesto, los propios Estados Unidos campando.

Otro de los extremos destacados por los comentaristas ha sido el triunfo de los partidos de centro-derecha frente a los partidos socialistas, que retrocedieron con relación a las respectivas elecciones legislativas, y, desde luego, comunistas que sólo consiguieron 44 escaños para franceses e italianos. Ahora bien: como quiera que en el nuevo Parlamento europeo los grupos se constituyen según la identidad política de los elegidos, y no por nacionalidad como anteriormente, el grupo socialista resulta ser mayoritario con sus 109 o 110 escaños. La cifra definitiva está pendiente de dictamen del Consejo de Estado francés, por cuanto días después de conocidos los resultados en Francia, la UDR se vio agraciada con un escaño más y el Partido Socialista con uno menos... Cualquiera que sea el número de diputados socialistas en el Parlamento europeo, no es un grupo tan homogéneo como parece a primera vista, pues en él se dan dos tendencias. Con todo, tiene visos de coherencia frente al mosaico de partidos de centro-derecha (258 ó 257 escaños), comprensivo de demócratas cristianos, liberales de variado matiz, conservadores, demócratas para el progreso y un largo etcétera. El común denominador de esos partidos es que no son socialistas, y menos marxistas, que son partidarios en lo político de la democracia y en lo económico de la libertad de mercado y sana gestión de los negocios, mientras que en lo social se inclinan al reformismo, más o menos acentuado, pero siempre sin excesos. Ello no equivale a decir que pueden constituir un frente unido dispuesto a «construir a Europa», ya que en ese centro-derecha hay empeñados en la Europa supranacional partidarios de la Europa federal y defensores de la Europa confederal. La conclusión lógica a la que se llega fácilmente es que la victoria centro-derecha no supone obstáculos ya derribados y menos meridiana luz proyectada sobre el tipo de Europa que amañarán los 410 eurodiputados.

Porque la auténtica tarea del nuevo Parlamento es «construir» la Europa política, dado que la geográfica existe desde hace siglos, en tanto que la jurídica, marco de la Comunidad Europea, la constituyen el Tratado del Carbón y el Acero (París, 18 de abril de 1951) y los dos Tratados de Roma (25 de marzo de 1957), uno relativo a la Comunidad Económica, el otro al Euratom. El primero—que deja al segundo en la penumbra—puso en pie la Europa económica en función de las posibilidades de índole industrial y agrícola de una parte

de la Europa geográfica (la del Este es también Europa). Está en marcha y marcha, aunque en ocasiones a trancas y barrancas, singularmente en período de crisis como la actual. Con todo, para rizar el rizo, se ha estimado que es preciso «hacer» la Europa política. Apuntando hacia ese objetivo, se han celebrado las elecciones directas de los miembros del Parlamento europeo, por cierto convocadas por los respectivos gobiernos que adoptaron la decisión sin previa democrática consulta popular, a despecho de que la mera existencia de ese Parlamento ha de modificar la índole de las relaciones jurídicas entre los países de la Comunidad. Lo evidencia el hecho de que los grupos políticos sustituyen a los grupos nacionales.

No se trata de un detalle de poca monta. La nueva contextura del Parlamento europeo será determinante en la construcción de una Europa supranacional, federal, confederal o sencillamente «de las perras gordas», como alguno ha calificado el Mercado Común; ello según sean las alianzas entre estos o aquellos grupos de la heterogénea mayoría centro-derecha. Del rumbo que tome el Parlamento europeo en su nueva versión se tendrá noticia a no largo plazo, cuando inicie sus actividades. Una de ellas será —parece lógico— poner en el telar una ley electoral única. En efecto, es un poco incongruente que ese Parlamento haya sido elegido con sistemas electorales distintos. Así, mientras Gran Bretaña mantenía el tradicional sistema mayoritario, Francia estrenaba el sistema proporcional (el matemático, no el de d'Hont).

¿Y qué Constitución regirá la Comunidad Europea? De tomar en cuenta las declaraciones del canciller Schmidt en el pasado noviembre: «El Parlamento elegido no se contentará con los poderes relativamente restringidos de que dispone», tesis corroborada por Willy Brandt, según quien: «El Parlamento elegido se sentirá lo bastante representativo como para determinar sus propios derechos.» Acto seguido, Luxemburgo e Italia suscribieron estos criterios. En Francia, levantaron airadas protestas, en particular del RPR, gaullista, que capitanea Jacques Chirac, y del Partido Comunista, al extremo de que el Gobierno hubo de ampararse en los términos del Tratado de Roma para decretar secamente que no admitiría que el Parlamento europeo sustituyera la soberanía francesa. Pero no desechó totalmente la posibilidad de alguna mengua de esa soberanía al mencionar la celebración de un referéndum popular para consentir el recorte.

En suma, cabe sospechar que en el nuevo Parlamento europeo anida el propósito de lograr más poderes soberanos, acaso con vistas

a edificar no una Europa confederal, en la que todos los Estados son iguales y deciden por unanimidad, sino una Europa federal que, por sus pasos contados, desembocaría en la supranacionalidad del Estado europeo, en el que la independencia de los Estados soberanos resultaría absorbida por el super-Estado. En tal Europa, los miembros de la Comunidad con más peso específico desempeñarían lógicamente el papel que desempeñan en las naciones las regiones desarrolladas junto a las subdesarrolladas. Es ponerse en razón considerar esa eventualidad, acaso no del todo eventual. Y lamentar la premura de la Comunidad por ponerle techo político a Europa sin esperar a que hayan terminado de fraguar los cimientos del Tratado de Roma y a que «los demás pueblos de Europa animados del mismo ideal», respondiendo a ese llamamiento, «se unan a su esfuerzo».

Porque el caso es que España, Portugal y Grecia no están en condiciones de hacer oír su voz llegada la hora de optar por un modelo de Europa, no sólo en lo orgánico y político, lo económico y lo social, sino también en materia de política exterior, diplomacia y defensa. Es decir, que cuando traspasen el umbral de la Comunidad y se conviertan en miembros de pleno derecho, los tres candidatos corren el riesgo de ser «simple provincia de las naciones que integran la Comunidad», como ha estimado Andreas Papandreu, jefe de la oposición al Gobierno griego, refiriéndose a su país.

LA CUMBRE DE BAGDAD

Si algo se impone al considerar el mundo árabe e islámico del Próximo Oriente es que, como en otras partes del globo, ni el idioma común ni el vínculo religioso es fuente de unidad política, aunque para lograrla se hayan esforzado los diversos países surgidos de conquistas y amaños de las potencias occidentales.

El comentario viene a cuento de las conversaciones iniciadas en Bagdad el 16 de junio entre el presidente de Siria, Hafez Al-Assad, y el dirigente irakí, Ahmed Al-Bakr, con vistas a la unión de ambos Estados árabes. Llegar a un acuerdo no era fácil tarea. No se trataba sólo de poner en marcha un proceso de coordinación política y militar y establecer las bases y principios del nuevo Estado, sino dar por cancelados enfrentamientos ideológicos, reconciliando las dos ramas antagónicas del Baaz, o sea, «Renacer», el renacer de la nación árabe y la reconstrucción de su poder. Fundado en 1944 por el profesor Michel Aflaq, que por cierto era cristiano, rápidamente el Baaz se dividió

en nacionalismo árabe con ribetes marxistas y en reformismo social bastante radicalizado, pero antepuesto a las reformas políticas. Siria optó por la primera fórmula, lo que explica que busque tanto la sombra de la URSS; Irak, por la segunda. Ambos países decretaron que su tendencia era la ortodoxa, de ahí una querrela ideológica agriada hasta la enemistad entre Damasco y Bagdad. Que luchas de protagonismo por parte de los presidentes de los dos países hayan influido en la cuestión es posibilidad que no cabe desechar.

Pero el mundo, y en particular el árabe, es sorprendente en lo individual y colectivo. Nadie sabe si el político o el país amigo hoy no será mañana enemigo y viceversa. No ha mucho el rey Hussein de Jordania abrazaba fraternalmente a Yasser Arafat, su mortal enemigo desde el llamado «Septiembre Negro», en tanto que le volvía la espalda a Sadat, no hace mucho su amigo. Por supuesto, razones políticas justifican y explican estos giros de 180 grados, pero también aconsejan enjuiciar con prudencia cuanto acaece en el mundo árabe, en particular las decisiones adoptadas o consideradas para fortalecerlo, a base de unión, frente a Israel.

Porque es un hecho que el único factor susceptible de mover a unirse a los países árabes es el odio común a los israelíes. Ha sido determinante en la búsqueda de una unidad que generase fuerza mucho antes de la «cumbre» de Bagdad. Así el 1 de febrero de 1958 se proclamó simultáneamente en El Cairo y Damasco la unión de Egipto y Siria, la nueva República Árabe Unida, cuya Constitución se promulgó el 5 de marzo, y a la que posteriormente se unió el Yemen. La RAU se disgregó por abandono de Siria en septiembre de 1961. Más breve y triste suerte tuvo la réplica conservadora a esa República socialista: la Federación Árabe o unión de los reinos hachemitas de Irak y Jordania, a la que había de asociarse el emirato de Kuwait. Proclamada el 14 de febrero de 1958, en Ammam, su Constitución se promulgó el 19 de marzo. Duró hasta el 14 de julio del mismo año, en que, derrocado y muerto Faisal II, rey de Irak, asumió el poder el general Abdul Karim, que proclamó la República. Tal Federación apenas si ha dejado recuerdo, aunque al crearse, dado el antagonismo de las estructuras políticas y de la ideología entre ella y la RAU, se estimara que, lejos de facilitar la unificación a través de la colaboración de los países árabes, constituía un semillero de tensiones y disputas, una escisión difícil de superar. Los acontecimientos despejaron sin tardar la incógnita que planteaba para el futuro la existencia de dos uniones árabes.

Más adelante, en abril de 1963, Egipto, Siria e Irak buscaron de nuevo la unión mediante la estructura de un Estado federal tripartito. Su proclamación se llevó a cabo, formulando el presidente Nasser la esperanza de que «esta unión será la madre de todos los Estados árabes». Apenas transcurrido un mes, ya se registraban, en particular en Siria y por cuenta del Baaz, incidentes que eran claros síntomas del desvanecimiento sin pena ni gloria de esa Federación.

Cuanto antecede no pretende argüir que la «unión constitucional» entre Bagdad y Damasco había de fracasar por fatalidad histórica. Simplemente, recordar que el propósito de unión no suponía una novedad en el mundo árabe próximo oriental, ni tampoco en el mundo árabe africano, pero es otra cuestión. De hecho, cabe estimar que al sobrevivir a sucesivos fracasos, ese propósito manifiesta una vitalidad que no permite dar por imposible que la unión termine algún día por cuajar en realidad duradera. Una circunstancia, que no se daba anteriormente, podía propiciar una feliz singladura a la nave fletada en Bagdad y ya aparejada con mando político común y unidad de mando militar. Nos referimos al tratado de paz egipcio-israelí, que aglutina cuando menos a los diversos países del «frente del rechazo» y que, en criterio de Al-Gaddafi, hasta puede calificarse de «buena», ya que «atizará las oposiciones políticas en los países conservadores, preparando así el terreno para la revolución», según manifestó a *Time Magazine* en el pasado abril. Es opinión que puede dar mucho qué pensar a los dirigentes de los países llamados «conservadores», entre ellos Arabia Saudita.

Pero mientras Hafez Al-Assad y Ahmed Al-Bakr discutían la unión de sus respectivos países, las delegaciones israelí y egipcia, asesoradas o fiscalizadas por un oscuro embajador norteamericano, James Leonard, iniciaban la primera sesión de trabajo relativa a la autonomía de la Cisjordania y Gaza. Terminó como el rosario de la aurora, evidenciándose el abismo que separa los puntos de vista de Egipto e Israel. Se suspendieron los trabajos y, confiando en que entre tanto los ánimos se sosegarían, se reanudaron el 25 de junio, sin orden del día, limitándose las delegaciones a «no detenerse en formalismos e ir directamente al fondo de las conversaciones». Las nuevas conversaciones no dieron más resultado que las anteriores, pese a la afirmación del comunicado final, según el cual «las negociaciones han sido de ayuda». En suma, cuando el 5 de julio Sadat y Beguin se reúnan en Alejandría, todo seguirá en punto muerto.

Es decir, que para la administración Carter el mirífico plan de paz para el Próximo Oriente dista de desarrollarse como programado y esperado, lo que no ayuda a resolver el problema de la salvaguarda de los accesos al Océano Indico y fuentes petrolíferas del Pérsico. Por lo tanto, no va a moderarse el suministro de quincalla bélica por parte de las superpotencias. Por lo pronto, cuando Hafez Al-Assad visitó Moscú a finales de mayo, renovó su petición de ayuda para restablecer el equilibrio estratégico en la región, quedando Irak comisionado para apoyar financieramente la compra de ese armamento. Lógica y naturalmente, los Estados Unidos no se avendrán a un desequilibrio estratégico en la región y suministrarán más armamento, desde luego a Israel, pero también a Egipto y Arabia Saudita, aun corriendo el albur de que imprevistos terremotos políticos amplíen a esos países la burlona pregunta que Yasser Arafat le formuló al presidente Carter: «¿Qué se hizo de los aviones y del sofisticado sistema de control de Irán?»

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

